





























Cuentos puesto en marcha por la Asociación de Amigos del Libro Antiguo de Sevilla —en adelante ALAS—, no para hablar de ellos, sino para, a su través, obtener una imagen de lo que significan los libros —no solo los libros viejos— en la actualidad. Y la primera conclusión que se vería obligado a compartir es la de que, a juzgar por una buena parte de los relatos que concurren al premio, estamos en pleno apocalipsis: relatos en los que plagas de insectos destruyen el planeta sin un solo libro en papel, otros en los que leer es una actividad en desuso y los libros son objetos de un remoto pasado, sociedades post en las que solo queda, enterrado, un libro mítico —el diario de Colón—. Podría seguir abundando en asuntos así, contrarrestados por otra vertiente compuesta por textos que emplean la presencia de los libros para expresar diversos modos de la sentimentalidad: la nostalgia, el enamoramiento, el camino por seres perdidos de los que solo quedan ya imágenes sueñas de su presencia en el mundo... y una biblioteca.

Como se sabe, y ALAS era bien consciente de ello al lanzar su concurso de cuentos del abanico de asuntos al que se accede con un tema concreto —los libros— es inmenso: se daba ocasión a los aspirantes de escribir, literalmente, sobre lo que quisieran, pues la presencia de los libros —o de cualquier asunto relacionado con su mundo— les dejaba muy anchos márgenes para echar a andar sus ficciones. No se premiaba tanto la presencia de los libros en los relatos como su calidad como tales relatos, con independencia de que en ellos la presencia de los libros fuera esencial o no —de hecho, en muchos de ellos es más bien anecdótica o decorativa—. Librerías de viejo y libreros más o menos antipáticos, vendedores de enciclopedias trastornados, viejos volúmenes de bolsillo donde alguien leyó por primera vez una obra maestra, dedicatorias de una madre en los libros que regala a su